



Índice

1) "Noche Española" en la "Maison Cousté" Almuerzo en "Sal y Braize":.....	1
2) Video: <i>Teledario del 03 de mayo de 2024</i>	1
3) Las guerras Carlistas.....	2
4) Humor - Chistes españoles.....	3
5) La niña y el puzle del mundo (Cuento filosófico).....	4
6) Juan José Millás : « Los objetos nos llaman ».....	5
Continúo soltero:.....	5
Mujeres grandes.....	6



1) "Noche Española" en la "Maison Cousté" Almuerzo en "Sal y Braize":



La noche española se pospone a una fecha posterior... quizás...

El 16 de mayo, después del KfH, almuerzo juntos al mediodía en el restaurante portugués "Sal y Braize"... ¿quién vendrá?

2) Video: [Teledario del 03 de mayo de 2024](#)



- La ONU reprueba las "Leyes de concordia"

La ONU reprueba duramente las leyes de concordia del PP y Vox en Aragón, Castilla y León y la Comunidad Valenciana. Un dictamen firmado por tres relatores alerta de que estas normas invisibilizan las graves violaciones de derechos humanos durante el franquismo.cometidos.

- Premio nacional de tauromaquia



Cultura suprime el Premio Nacional de Tauromaquia. El galardón, entregado desde 2013 y dotado con 30.000 euros, se eliminará por una "nueva realidad social y cultural" y el aumento de "la preocupación por el bienestar animal", según Cultura.

3) Las guerras Carlistas

Las guerras carlistas fueron una serie de contiendas civiles que tuvieron lugar en España a lo largo del siglo XIX. Se debieron, por un lado, a una disputa por el trono, y, por el otro, a un enfrentamiento entre principios políticos opuestos.

- Los carlistas, que luchaban bajo el lema de «Dios, Patria y Rey», encarnaban una oposición reaccionaria al liberalismo, defendiendo la monarquía Absoluta tradicional, los derechos de la Iglesia y los **fueros** ¹.
- Los liberales exigían hondas reformas políticas por medio de un gobierno constitucional y parlamentario.

A la muerte de Fernando VII de Borbón, en 1833, había dos pretendientes al trono:

- su hermano Carlos María Isidro de Borbón (heredero legítimo según la tradición y la costumbre)
- su hija Isabel de tres años, designada sucesora por su padre, quien había promulgado una derogación de la Ley Sálica para permitir que una mujer pudiera heredar el trono español.

Éste fue el desencadenante del primero de tres conflictos entre liberales y tradicionalistas.

Los Carlistas estaban al norte de España, incluyendo las comunidades de Galicia, Asturias, Cantabria, País Vasco, parte de Cataluña, Navarra, parte de Aragón, La Rioja y zonas de Castilla-La Mancha y Castilla León, además de parte de Granada, Málaga, Cáceres y Toledo

Las tres guerras Carlistas se siguen de 1833 hasta 1876 :

Primera guerra: 1833-1839.

La guerra se inició tras el manifiesto de Abrantes, mediante el cual Carlos proclamó su derecho a la ascensión al trono. Su petición fue desconocida por María Cristina de Borbón ², que proclamó a Isabel II como reina de España. Las tropas reales invadieron Portugal y trataron de apresar a Carlos, pero éste abordó un buque inglés y se refugió en Londres.

En 1834 Carlos salió de Gran Bretaña, atravesó Francia y entró en Navarra, donde instaló su corte y fue aclamado por sus partidarios. En 1837 dirigió una campaña militar que llegó hasta las puertas de Madrid. Pero la resistencia de las milicias populares y la llegada de refuerzos liberales lo obligaron a levantar el sitio de la capital.

Tras el fracaso de esta expedición, el carlismo se dividió en dos bandos: los apostólicos, liderados por Carlos, que siguieron resistiendo; y los moderados, comandados por el general Rafael Maroto, que en 1839 firmó el Convenio de Vergara con los generales isabelinos. Este acuerdo, que fue desconocido por Carlos, estableció la paz a cambio de mantener los fueros de Navarra y las Provincias Vascongadas e integrar a la oficialidad carlista en el ejército isabelino.

El asedio de Caspe fue uno de los combates de la primera guerra carlista.

La noche del 14 de octubre Luis Llangostera y Casadevall entró en Caspe tomando el convento de los Capuchinos y atacó con tres piezas de artillería el recinto fortificado. Llegó a quemar varias casas, pero la aproximación de Antonio van Halen y Sarti obligó a Ramón Cabrera, que se había dirigido hacia Caspe para ayudar a Llangostera, a levantar el asedio.

Las murallas exteriores Caspe y grande parte de las interiores fueron destruidas, así como los portales y los muros de los huertos extramuros.

Segunda guerra: 1847-1860.

En 1845, Carlos María Isidro abdicó en su primogénito, Carlos Luis de Borbón, a quien aconsejó contraer matrimonio con su prima Isabel II.

Pero este proyecto fracasó debido a que los carlistas no se conformaban con que Carlos Luis fuese rey consorte, a la escasez de apoyos internacionales en favor del pretendiente y al rechazo

Nota 1: El fuero era el derecho municipal o local en España durante la época medieval y consistía en ventajas o privilegios económicos, sociales y políticos para las personas, y aplicables en un determinado territorio. Es decir, el fuero era un conjunto de leyes o atribuciones concedidas a las personas, y que se hacía efectivo en una localidad. https://economipedia.com/definiciones/fuero.html#google_vignette

Nota 2: cuarta mujer de Fernando VII y madre de Isabel. Ocupa la Regencia de 1833 a 1840, tras la muerte de su marido.

de Isabel II. La reina, a quien le desagradaba el aspecto físico de su primo, anunció su matrimonio con otro pariente, Francisco de Asís de Borbón.

Desairado, Carlos Luis se trasladó a Londres, desde donde impulsó la segunda guerra carlista. Sus partidarios lograron hacerse fuertes en Cataluña, donde consiguieron gran apoyo popular. La guerra se prolongó hasta 1849 cuando los insurrectos sufrieron derrotas decisivas y se vieron obligados a deponer las armas.

Tercera guerra: 1872-1876.

En 1868 tuvo lugar una revolución liberal que derrocó a Isabel II, y la sustituyó por un gobierno provisional que estableció la libertad de cultos.

Esto provocó la reacción de los carlistas, que apoyaron las pretensiones de Carlos de Borbón y Austria-Este, nieto de Carlos María Isidro. Sus partidarios protagonizaron alzamientos fallidos en 1869 y 1870.

La situación tomó un giro radical en 1871 cuando las Cortes Generales, dominadas por los liberales, eligieron rey a Amadeo de Saboya. Su elección enfureció a los carlistas que lo consideraban un usurpador. En 1872, Carlos entró en Navarra, donde fue aclamado por la población. Pero en poco tiempo sus fuerzas fueron derrotadas, por lo que debió refugiarse en Francia.

La proclamación de la Primera República, en 1873, fortaleció al bando carlista, al que se sumaron todos los partidarios de la monarquía. Carlos regresó a Navarra y se puso al frente de un ejército muy numeroso, con el cual logró importantes victorias. Esos triunfos contribuyeron a la caída de la Primera República, tras la cual accedió al trono Alfonso XII, hijo de Isabel II. Su coronación, en 1874, debilitó a los carlistas, ya que varios de sus jefes decidieron reconocer al nuevo monarca. A partir de entonces los insurrectos sufrieron sucesivas derrotas hasta que en 1876 Carlos y sus seguidores se vieron obligados a huir a Francia, con lo que la guerra llegó a su fin.

Los Carlistas han perdido todas las guerras que han hecho.

Principales consecuencias de las guerras carlistas :

- La muerte de miles de españoles, tanto en los campos de batalla como en las represalias que siguieron a la toma de pueblos y ciudades.
- El exilio en Francia de gran cantidad de familias de Cataluña, Aragón y Navarra, debido a su apoyo a la causa del carlismo.
- La extensión de las ideas del liberalismo, que fueron arraigando en sectores de la sociedad española, en especial la burguesía.
- La caída de la Primera República y la restauración de la monarquía borbónica.
- La desaparición de los fueros vasco-navarros, que fueron suprimidos al promulgarse la Constitución española de 1876.

El carlismo recrudeció a principios del **siglo XX**, manifestándose en conspiraciones contra la Segunda República y en la sublevación de 1936 que dio origen a la **guerra civil española**.

4) Humor - Chistes españoles

1. Mala memoria.

Un señor que tiene mala memoria llama por teléfono y pregunta:

—¿Está en casa la señora de..., de...? Bueno, no recuerdo su nombre.

—¡Bah! No tiene importancia, señor. La señora no está.

2. —¿Qué tal, señor González? ¿Cómo está usted? Lo encuentro muy cambiado.

—Perdone, pero es que no soy el señor González.

—¿Cómo...? ¿Ha cambiado usted también de nombre?

3. Meier llega a casa y encuentra en el dormitorio un cigarro encendido.

—¿De dónde viene este cigarro puro?

La mujer no contesta. De repente se oye una voz que sale del armario y dice:

—¡De la Habana!

4. –Jaimito, si eres bueno, la cigüeña te va a traer un hermanito.
–Caramba, papá, la ciudad está llena de mujeres guapísimas y tú vas a dormir con una cigüeña.
5. –Yo, cuando tomo café, no puedo dormir.
–A mí me ocurre lo contrario, que cuando duermo no puedo tomar café.
6. –Yo no puedo poner mi nombre en mi establecimiento.
–¿Por qué?
–Porque me llamo Malvino Aguado y Caro.
7. El campesino a la campesina:
–Si tú pudieras poner huevos, podríamos vender todas las gallinas que gastan tanto pienso.
La campesina al campesino:
–Y si tú no fueras tan flojo en la cama, podríamos despedir al criado, que nos cuesta un buen sueldo al mes más el seguro social.
8. –¿Oiga, es el 823 12 90?
–No, es el 643 12 90.
–¡Pero si he marcado bien!
–Pues entonces perdone, yo me habrá confundido al descolgar.
9. Un albañil sufre un accidente y pierde una oreja. El hombre grita desesperado:
–¡Mi oreja, mi oreja!
Un compañero trata de consolarle:
–Aquí está. La encontré.
–Eso no es la mía, la mía tenía un lápiz.
10. Un hombre va por la calle con un loro al hombro. Se le acerca un señor y le pregunta:
–Oiga, ¿el animal habla?
A lo que contesta el loro: –No, señor.
11. En una óptica: –Usted viene a por unas gafas, ¿verdad?
–Efectivamente, ¿cómo lo ha sabido?
–Pues porque ha entrado usted por la ventana.

5) La niña y el puzle del mundo (Cuento filosófico)

Por Borja Vilaseca: Este cuento filosófico explica que el mundo es un fiel reflejo de cómo pensamos y nos comportamos la mayoría; de ahí la importancia de que cada uno de nosotros se convierta en el cambio que queremos ver en él.



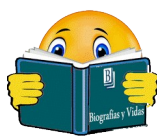
<https://www.youtube.com/watch?v=8vKz0CA-nrc>

Había una vez un científico muy erudito que vivía encerrado en su laboratorio, tratando de hallar la fórmula para cambiar el mundo. Pero pasaban los años y no encontraba la solución que andaba buscando. Cierta día, su hija de siete años invadió su despacho decidida a ayudarlo. Ante la imposibilidad de sacarla de ahí, el científico arrancó una página de una revista en la que aparecía una imagen del mundo y la recortó a modo de puzle en decenas de pedazos.

«Mira, hija» –le dijo–, «aquí tienes el mundo todo roto. El juego consiste en que lo recompongas de nuevo». Dado que aquella niña jamás había visto la imagen del mundo, el científico calculó que tardaría por lo menos un par de días de arreglarlo. Sin embargo, solo unos minutos después oyó la voz de su hija que le llamaba entusiasmado: «¡Papá, ya está arreglado!» El científico levantó los ojos de sus anotaciones y, estupefacto, comprobó que todos los pedazos habían sido colocados en su sitio exacto. «¿Cómo es posible que lo hayas terminado tan rápido?» –le preguntó, incrédulo.

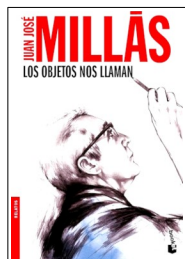
Y la niña, sonriente, le contestó: «Cuando me has dicho que arreglara el mundo, lo he intentado, pero no he sabido cómo hacerlo. Entonces me he acordado que cuando has arrancado la hoja de la revista, en el otro lado aparecía la figura de un hombre, que sí que sé como es. Y al darle la vuelta a los pedazos de papel, he empezado a arreglar el hombre. Una vez he conseguido arreglar el hombre, le he dado nuevamente la vuelta a los papelitos y así es como he arreglado el mundo»

6) Juan José Millás : « Los objetos nos llaman »



Millás ejerce en este libro como un maestro de la distancia corta. Cada uno de estos cuentos, breves como un fogonazo, ilumina un secreto, revela un misterio, provoca una pregunta. Todos, bajo esa escritura precisa y veloz, esconden una sorpresa. Inimitable mezcla de humor, de pánico, de ironía, en esa atmósfera entre realista y onírica que caracteriza la escritura de Millás.

Continúo soltero:



Un compañero mío del colegio me llevó un día frente al escaparate de una tienda de ropa que había en la calle principal de nuestro barrio y me pidió que me fijara en uno de los maniqués en el que ya había reparado, pues además de representar a una mujer rubia, tenía una expresión distinta de la del resto de los muñecos del escaparate.

¿Qué pasa? dije aparentando indiferencia.

-Fíjate bien -insistió él-. ¿No le notas nada?

-No.

Entonces mi amigo me hizo ver que el vestido de ese maniquí tenía bajo las axilas dos pequeñas manchas, como si sudara.

Era verdad, pero lo atribuí a una rareza del tejido.

-Es el único que está manchado -argumentó él. Además, llevo observándolo desde hace tiempo Y le ocurre con toda la ropa que le ponen.

Me fui a casa turbado y esa noche tuve pesadillas venéreas. Al día siguiente, cuando fui al colegio, pasé por delante de la tienda y vi que acababan de cambiar le vestido al maniquí. Ahora llevaba una blusa blanca perfectamente limpia. Al volver del colegio, sin embargo, tenía los dos pequeños cercos de sudor característicos. Mi amigo y yo nos pasábamos las horas muertas delante del maniquí, enfermos de deseo sexual, quizá enfermos de amor también: dónde está la frontera. En mi delirio, me parecía que la mujer de cartón-piedra me miraba como pidiéndome que la rescatara de aquella condición y la convirtiera en una mujer real. Pero cómo hacerlo, si ella y yo vivíamos dimensiones diferentes.

Mi padre conocía al dueño de la tienda y le pedí que me recomendara para que en Navidades, que aumentaba el trabajo, me contrataran para echarles una mano. Al dueño le pareció bien tener un chico para todo y el primer día de vacaciones me presenté en el establecimiento y barrí el suelo e hice recados echándole siempre que podía un ojo al maniquí rubio.

A los dos o tres días, llegaron a la tienda los vestidos de fantasía para la Noche vieja. Esa noche, todos los empleados nos quedamos después de cerrar para cambiar el escaparate y colocar los adornos. A mí me entregaron el maniquí que sudaba ordenándome que le pusiera un vestido negro, muy escotado, un collar de falsas perlas y unos zapatos con tacón de aguja.

-Y no te pases con ella me dijo el jefe riéndose, como si hubiera notado mi pasión.

Cuando tuve al maniquí en mis brazos y lo llevé a la trastienda para desnudarlo, casi se me detiene el corazón. Aún no había tenido ninguna experiencia sexual, pero la posibilidad de desnudar y vestir a aquella mujer que, aunque falsa, sudaba, me parecía mejor que un encuentro con cualquier chica real. No sabía qué hacer para disimular mi turbación. Por fortuna, la atmósfera de trabajo era tan febril que pasábamos inadvertidos los unos para los otros. Sólo una cosa enturbiaba mi placer y es que cuando sacaron al maniquí del escaparate para que le pusiera el traje de fiesta, me pareció ver a mi amigo al otro lado, en la calle, observando con tristeza, desde la oscuridad, nuestros movimientos.

Cuando la mujer de cartón y yo estuvimos frente a frente, en un cuartucho de la trastienda, le quité con la garganta seca el jersey que llevaba puesto y comprobé que, en efecto, tenía los sobacos húmedos. También yo me humedecí en ese instante, sin poder remediarlo. Había otros dos empleados a mi espalda, preparando adornos y colgajos, pero ninguno se dio cuenta. El maniquí, sí. El maniquí me miró con una sonrisa cargada de intención.

Fueron las mejores Navidades de mi vida y aún hoy, cuando pienso en ello, no soy capaz de imaginar un iniciación sexual más rica que la que recibí de aquel muñeco que sudaba.

Luego, cuando terminaron las vacaciones y regresé al colegio, mi amigo no hacía más que preguntarme por el maniquí, pero yo mostraba desinterés, como si el hecho de haberlo visto de cerca me hubiera quitado la ilusión.

-No suda -mentí.

-Y la mancha de los vestidos?

-No lo sé, pero te aseguro que no suda.

No volvimos a hablar de ello. El maniquí desapareció un día de la tienda y de nuestras vidas, y al hacernos mayores nuestras conversaciones se hicieron menos fantasiosas. Durante la carrera, mi amigo y yo dejamos de vernos, aunque a veces coincidíamos por el barrio y nos tomábamos una cerveza. A mí me daba la impresión de que cuanto nos decíamos era una excusa para no hablar del maniquí. Cuando mi amigo se casó, me invitó a la boda. Al ir a besar a la novia, vi que tenía dos cercos de sudor en los sobacos. Entonces levanté la vista e intercambié con mi amigo, durante unas décimas de segundo, una mirada de angustia. Después le estreché la mano y le deseé que fuera feliz.

Yo continué soltero.

Mujeres grandes

A mi madre le gustaban las historias de hombrecillos que cabían en la palma de la mano. Todos los años cuando comenzaba el invierno y sacaba los abrigos del fondo del armario, nos decía: «Mirad bien en los bolsillos, no vaya a haber hombrecillos y les hagáis daño al meter las manos.»

Si nos veía entrar en una habitación a oscuras, nos pedía que lleváramos cuidado para no pisarlos, y por las mañanas, antes de ponernos los zapatos, teníamos que comprobar que no se había colado ninguno en su interior. Una vez me regalaron un gato, pero mamá me convenció de que lo devolviera, no porque a ella no le gustaran los gatos, sino por el peligro que podía constituir para los hombrecillos. Nunca vi a ninguno, pero vivía obsesionado con ellos y durante el desayuno solía dejarles, en un travesaño que había debajo de la mesa del comedor, un par de galletas que a la hora de la cena habían desaparecido. Quizá mi madre las retiraba en secreto. Tal vez se las comía ella misma para alimentar a los hombrecillos que llevaba dentro de su cabeza.

Hay una rama de la literatura que se ocupa de los hombrecillos. Son gente cuya única particularidad es la de caber en un dedal. Yo tuve muchas fantasías con ellos, sin duda influido por la obsesión de mi madre y por la lectura de Gulliver. Como fui un niño solitario, los hombrecillos imaginarios llenaron el vacío de las relaciones personales. A veces, cuando abría un cajón, intentaba sorprender a uno de estos hombrecillos escondiéndose detrás de un carrito de hilo. En el cuarto de baño, jamás quitaba el tapón del lavabo antes de comprobar que no había hombrecillos flotando en el agua.

Creo que no tenían ningún rasgo de carácter en particular. No eran buenos ni malos, ni locos ni cuerdos, ni ignorantes ni sabios. Conocemos las cualidades morales de las hadas, y de brujas, pero los hombrecillos de mi madre carecían de un estatus moral. Simplemente, eran hombrecillos. Esto, que de mayor me produce alguna perplejidad, de pequeño me parecía normal. Si habías conseguido ser un hombrecillo, no necesitabas ser otras cosas. Sólo los hombres necesitan ser ingenieros o periodistas o abogados.

Muchas veces me pregunté por qué estos seres carecían de una réplica femenina, pues mi madre siempre hablaba de hombrecillos, jamás de mujercillas. Yo los imaginaba con sombrero de fieltro y corbata. Eran en general muy fumadores y parecían gozar de una buena posición económica. Un día le pregunté a mamá por qué no estaban casados con señoras del mismo tamaño y levantó los hombros como si no tuviera explicación. Pero luego no pudo resistirse y añadió con expresión de orgullo: «Es que están enamorados de las mujeres grandes.»